

quienes invocaban el respeto a la constitución y a las leyes, reconoció filas en el vasto movimiento reformador que sacudía al país. Sus amigos tomaban las armas y él se embarcó cierta noche en un vapor que partía al Norte, ocultándose en las bodegas, con riesgo de su vida. Llegado a Iquique, el Gobierno revolucionario, cuya cancillería estaba a cargo del ilustre tribuno don Isidoro Errázuriz, le ofreció la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, destino que le abría temprano las puertas de la política, pero rehusó el honor, prefiriendo enrolarse en el ejército constitucionista. Ardía la sangre en sus venas y quería vivir la peligrosa aventura. Terminado el adiestramiento, alcanzó por sus aptitudes el grado de Capitán en el Chañoral 5º de línea, regimiento al que cabría papel importante en la guerra civil.

Embarcado en la Escuadra, con sus tropas, descendió con ellos en Quintero, tomando parte, el... de agosto, en la batalla decisiva de Concon. En el curso de la acción recibió heridas, una de las cuales en la mano derecha, cuyo juego nunca recobraría por completo: era la réplica a aquella otra herida que en la izquierda recibiera Cervantes en la jornada de Lepanto.

El escritor, convertido en héroe, pudo actuar en la batalla como actor y testigo a la vez, pues recogía por todos sus sentidos las impresiones que andando el tiempo vaciaría en una de sus novelas más notables: *Al través de la tempestad*, donde se muestra, en relato de un realismo impresionante, lo que fué aquella jornada, la más dramática en la historia de las guerras civiles chilenas.

Herido, cubierto de sangre, con la espada empuñada en la mano izquierda, siguió a caballo, a la cabeza de sus tropas, dándoles ánimos con voz recia, que los padecimientos —verdadera agonía interior— no debilitaban. Pero los últimos impactos lo postraron y cayó, sin interrumpir las palabras de aliento, superior al dolor, impulsado por ese ímpetu interno que sólo conocen y pueden comprender quienes han vivido la realidad horrible de la guerra. “¡Adelante, muchachos! La victoria es nuestra... ¡Adelante!... ¡Adelante!...”

Se le creyó muerto y por las filas diezmadas pasó una ráfaga amarga. —“Lucho Orrego cayó como un héroe”, decían sus compañeros de armas, en el vivac nocturno, después de la victoria. Le recogieron y fué conducido a improvisada ambulancia, en las casas de Concón. Más tarde, ocupado Santiago por las tropas vencedoras, le llevaron a su hogar, donde tuvo larga y difícil convalecencia. Era otro aspecto más del dolor de la guerra que penetraba a la sensibilidad del novelista.

Si quiere suscribirse al
“Repertorio Americano”
dirijase a
F. W. FAXON Cº
Subscription Agents
83-91 Francis Str.
Back Bay
Boston, Mas. U. S. A.

III

PRIMERAS ANDANZAS DIPLOMATICAS
LA ESPAÑA FINISECULAR
“PAGINAS AMERICANAS” Y
“PANDERETA”
EL BRASIL DE PEIXOTO

En 1892, el apuesto Capitán de viva mirada y boca siempre presta a la sonrisa, ascendido a Sargento Mayor por su comportamiento militar, recibió nombramiento de secretario de la Legación de Chile en España, sin perder su rango en el Ejército. En la juventud las maletas viajeras siempre están prontas y el novel diplomático vió alejarse las costas de la patria con el corazón ancho. Después de la gloria de las batallas, ¿no le aguardaba, por ventura, esa otra más dulce de las letras? Iba a la conquista del mundo.

En la villa y corte no tardó en desempeñar la jefatura de su misión con el carácter de Encargado de Negocios. Antiguos conocidos le salían al paso. Ahí estaba Rubén Darío, su compañero de sueños. Pronto se le abrieron todas las puertas y las figuras principales de la España finiseccular llegaron a serle familiares: Conoció a Cánovas del Castillo, fué amigo de don Juan Valera, que le dedicó gentilmente un ejemplar de *Pepita Jiménez*; frecuentó a la Condesa de Pardo Bazán en su casona, a Menéndez Pelayo, a Núñez de Arce, a don Ramón de Campoamor, el de las *Doloras*; intimó con don Manuel del Palacio. Iba de los viejos ilustres a los mozos en fruto, con curiosidad insaciable. La Castellana le vió en sus paseos de invierno, el Prado con sus tesoros de arte y Alcalá o la Gran Vía con sus cafés, en donde Madrid vaciaba el ingenio de sobremesa. Debió sonreírle la Reina Regente, doña María Cristina, que fué el mejor soberano de aquel siglo. Debió sonreírle la vida en el colmado bagaje de posibilidades y enseñanzas que guardan las viejas culturas.

Escribía. Escribía y soñaba. Algunas novelas cortas, cuentos a la francesa, como las *nouvelles* que Paría ponía de moda, vinieron a sumarse a las que había hecho en Chile y con lo que le pareció mejor compuso un libro que editó Fernando Fé en una edición similar a las de Clásicos Castellanos, donde alternaban Valera, Hartzembusch, el Duque de Rivas, Menéndez y toda la flor de la España fin de siglo. En *Páginas Americanas*, primera obra, con bautizo en la crítica madrileña y en las vitrinas de la villa y corte, brillaban muchas de las mejores cualidades que más tarde se expandirían en sus novelas: perspicacia, observación aguda, sal, amenidad y sobre ello, como velo sutil, ese vaho armonioso de la mocedad, con su encantador y delicado toque romántico. “Los americanos —escribía en el prólogo— tenemos, sin darnos cuenta de ello, un aire marcado de familia. No se trata ya del parecido natural entre personas de una misma raza y de origen común, sino de caracteres propios, de maneras de vivir y de pensar enteramente peculiares a nosotros, y que no existen en la madre patria, o porque se han borrado con el transcurso de los tiempos, o porque son productos exclusivos del medio americano”. Decía de sus novelas: “El que las leyere no encontrará en ellas ni descripciones de nuestras montañas ni de nuestras selvas; eso queda para los poetas, y yo, desgraciadamente, no lo soy. Trato simplemente de percibir y de reproducir al vuelo un eco de drama, un senti-

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)
está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

miento noble, una sensación brutal, un ensueño, una ternura, un egoísmo, un crimen de seda. Desearía hacerlo con la mayor suma de sencillez posible, como desprendiéndome de mi propia persona y aprovechando la trama de asuntos vulgares a veces para incrustar en ellos observaciones, ligeros apuntes cortados en la carne de la vida”.

Entre esas *nouvelles* a la americana pudieran destacarse: *Una mujer admirable*, *La Joya*, *Doña Juanita*, *Viaje al Cielo*, *Angela*, *Los zapatos verdes* y *Sensaciones de batalla*, relato admirable, escrito tal vez en Santiago, donde por primera vez recogió, con la emoción fresca —tinta en sangre, si vale la expresión— sus recuerdos de guerra.

El éxito fué grande. Los aplausos brotaban por doquiera, los periódicos le aplaudían, en los salones había sonrisas de mujer. Mas, en lo mejor de su triunfo, como de ordinario sucede, hubo de hacer las maletas diplomáticas. Y siguió a Francia, —París fin de siglo—, a Inglaterra y a Italia, de cuyo empcionario ha quedado un raro folleto, de gran belleza literaria, donde se habla de las ruinas romanas captadas en su encanto casi intraducible.

Pero de la España, que le quedaría prendida por siempre a las retinas del recuerdo, hay otro libro suyo, que él tenía en mucho: *Pandereta*, dado a la estampa en Santiago, en 1896. En sus páginas hay una visión general del Madrid que vió y conoció; por ellas desfilan muchos de los hombres notables de aquel tiempo, con sitios, calles, costumbres y modas. Un breve período de la vida madrileña aprisionado en las cautivadoras páginas de un libro evocador.

El diplomático, trasladado a Brasil, conoció Río de Janeiro en el tiempo del mariscal Peixoto. Había terminado hacía poco el Imperio, con la caída de don Pedro II, cuyo largo reinado fuera pacífico y progresista como pocos. Hallábase gozando del encanto de la ciudad antigua, engastada en la bahía de magia tropical, cuando surcaron las aguas los fuegos de artificio de una nueva revolución. En su casa recibió asilo una de las figuras más connotadas, el ilustre orador Rui Barbosa.

(Pase a la entrega siguiente).